

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

**OSCAR PINOCHET
DE LA BARRA**

ION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro

Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa

Juan Antonio Massone

Carlos George-Nascimento

Oreste Plath

Pepita Turina

Alfonso Calderón

Arturo Valdés Phillips

Carlos Ruiz - Tagle

Tirada: 1.000 ejemplares

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.

-- Arturo Prat 1428 --
Santiago de Chile, 1985

¿Quién soy?

OSCAR PINOCHET DE LA BARRA

I

Soy de naturaleza más bien reservada. No me siento cómodo contándoles a los demás aquella parte de mi personalidad que no está claramente a la vista. Tampoco sería muy serio que en un esfuerzo de introspección tratara de seleccionar, de analizar características mías; consciente o subconscientemente elegiría trazos simpáticos y dejaría en las sombras los más enigmáticos o contradictorios.

Además, sospecho que mi recuento no sería completamente aceptado por los demás. Más allá de la idea general que tenemos de las personas, cada uno se siente atraído o rechazado por ellas

de acuerdo a secretas afinidades. Correría el peligro de perder mi tiempo y de que Uds. también lo pierdan.

Otra cosa es hacer recuerdos y atar cabos sueltos, guiándonos por lo que una vez escribimos. Es algo que puede traer sorpresas al escritor mismo. De alguna manera hemos dejado en esas líneas, inquietudes; de alguna manera esa huella que quedó en el papel salió con una autenticidad propia de la secreta relación sentimiento-inteligencia-imaginación, que manejamos conscientemente sólo en parte.

II

Habría que dar, sin embargo, un mínimo de datos personales.

Nací en Cauquenes, sin que pudiera seleccionar los genes de mis antepasados. Sospecho que soy el producto de mil posibilidades misteriosas, perfeccionadas o desgastadas por tres o más millones de años de vida humana.

Recuerdo muy vagamente los primeros años. Entraron por mis sentidos los ruidos pocos y medidos de la provincia, la humedad y la oscuri-

dad de los largos inviernos sin otro calor que el amor de los padres por el primogénito; las largas conversaciones y admoniciones de las “ñañas”, de las que difícilmente podía entender algo más que su música, mientras reía o lloraba en un tiempo sin fronteras.

Mi padre, un hombre de jóvenes 23 años cumplidos el día de mi nacimiento, unía clara inteligencia a un espíritu de trabajo que alegraba su vida inquieta, abierta a todo lo novedoso; mi madre, de 20 años, tenía simpatía y buen criterio. Mi padre, incansable lector, cortaba y guardaba de los diarios de la capital cuanto artículo de interés podía serle útil en su afán de cultura.

¿Inquietudes intelectuales de otros antepasados? No las veo en la línea directa. Mi abuelo Pinochet fue Oficial del Registro Civil del maulino Villa Alegre, al borde del río Loncomilla; mi abuela Salgado quedó viuda muy joven y ayudada por su gran carácter supo educar a sus hijos. Mi abuelo De la Barra fue un hombre de negocios que nunca resultaron; mi abuela Maturana, dama santiaguina, se había casado en primeras nupcias con un famoso médico de la Guerra del Pacífico, el Dr. Justo Pastor Merino, quien sacó el co-

razón de los oficiales héroes de la batalla de la Concepción.

Mirando más atrás, en líneas colaterales, los escritores de la familia serían los siguientes. Por el lado paterno, Marcos Fidel Pinochet, casado con Isabel Lebrún, quien escribió una Historia de Chile a fines del siglo pasado; sus hijos Fidel, José y Tancredo Pinochet Lebrún, a quienes se les recuerda como profesores, periodistas y escritores prolíficos. Mi tío abuelo Gregorio Antonio Pinochet Espinosa, Ministro de Obras Públicas del Presidente Riesco en 1899, fue destacado periodista en diarios de Concepción. Alejandro Cañas Pinochet, primo de mi abuelo, uno de los fundadores de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, escritor de temas históricos y científicos, heredó la biblioteca de mi tatarabuelo Alejandro Pinochet Bravo de Villalba. Por el lado materno, el Padre dominico fray Humberto Maturana —mi tío abuelo—, Superior de la Orden en Chile, fue genealogista de las familias Maturana y Feliú. ¿De dónde vino ese gene saltarín, manchado en tinta, que incursionó también en otros miembros de las familias mencionadas? No lo sé.

A los cinco años de edad me llevaron a Tal-

ca, río Maule de por medio. Al pasar sobre esa corriente de agua, aire y fluido vital de los Andes, creo haber recibido mi bautizo como maulino, hijo de una región que hacia la costa es seca y aromática, austera, de cielos azules no contaminados y soles que entibian largos otoños dorados; de tierras arenosas que difícilmente forman barro, el llamado maicillo; de campos con membrillos sabrosos en interminables hileras al alcance de todos y, especialmente, cómo olvidarlo, de perales de hojas pequeñas y musicales, allá arriba, mirando privilegiadamente un mar demasiado lejano para el pequeño ser humano y dejándose acariciar por el viento travesía, que cantaran el Padre Ovalle y el Abate Molina.

A los siete años entré al Liceo Blanco Encalada de Talca, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, luego de tomar clases con una profesora, la Panchita. No cabe duda de que a las letras de molde las sentía con un atractivo especial. Cuenta mi madre que todo el silabario lo pasé en pocos meses y que la despertaba temprano para que me tomara la próxima lección.

A los ocho años me puse en contacto —en el Libro de Lectura de Retamal Balboa— con los

versos de Gabriela Mistral, Rubén Darío, Manuel Magallanes y la prosa de Barros Grez, Pedro Prado, Daniel de la Vega.

III

Me incliné siempre por lo humanístico: historia, castellano, devoraba los libros de escritores chilenos que un profesor, el Hermano Simeón, nos daba a leer. Recuerdo *Sub Terra* y *Sub Sole*, de Baldomero Lillo, los de Mariano Latorre y de Durand. En la tarde, después de clase, desde los doce años, corría a casa a leer “El Mercurio” y “El Diario Ilustrado”, recién llegados por el ferrocarril desde Santiago, mientras se enfriaban mis once y otros compañeros jugaban a las bolitas, al trompo o elevaban volantines en el fresco viento de septiembre.

En 1937, a los 17 años, participé en el grupo que organizó la Academia Literaria del colegio, con Jaime Silva, Sergio Icaza Hederra y varios más. Premonitorio. Las primeras poesías las escribí entonces, en la edad del romanticismo, con bastante luna, himnos a la juventud y al amanecer.

cer, algunos tonos graves del invierno, el hogar, etc.

Al releerlas nada se salva, si no es la inquietud que se atreve a posarse en el papel. Uno de los poemas apareció en julio de 1938, en una revista talquina de vida efímera llamada "Siluetas".

*"Entro a la vida cantando
como arroyo y no me espanta
el futuro con sus males,
si hay una piedra, se salta . . ."*

En el mes de octubre siguiente, esta vez en la revista Alborada, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Santiago, apareció otro con el significativo nombre de "Madre". Luego, en diciembre, dos poemas más.

En 1939, antes de cumplir 19 años, estaba en Santiago, en el Pensionado Universitario de la calle Rosas, que entonces ocupaba el mismo edificio que hoy se conoce como el Anexo Capuchinos de la Cárcel Pública. En ese lugar, que entonces no era de detención, viví cinco años y un día . . . hasta terminar mis estudios de Derecho.

Los meses iniciales fueron nostálgicos. El

cambio me pareció muy grande y algo de lo que en esos días sentí quedó en el siguiente poema:

*“Con la frente pegada en la ventana
y la mirada lejos
en la penumbra de mi estrecho cuarto
me concentro un momento*

*El recuerdo de días que pasaron
alegres y risueños
entre juegos de amigos y sesudos
consejos de maestros”.*

Para qué negar que Gustavo Adolfo Bécquer era mi poeta favorito . . . sencillo, íntimo, auténtico, su acento había anidado en una sensibilidad preparada por las líneas cruzadas de la herencia.

Más que el estudio, me gustaba salir por la ventana de los diarios hacia mundos lejanos, visitarlos de la mano de Emilio Salgari —leí 100 de sus volúmenes— y de Rafael Sabatini. Las obras de Julio Verne, en cambio, las encontraba tan pesadas como el Quijote. Luego vendría mi admiración por Neruda.

Tenía —¿tengo?— un alma bucólica. Nada

me agradaba más que ir al campo en las vacaciones, a las colinas de la Cordillera de la Costa, por senderos apenas marcados, con una varilla en la mano, conversando con mi perro y contemplándolo todo como si estuviera recién hecho.

Primero en Mingres, luego en Codellima, fundos cercanos al río Purapel que trabajaba mi padre los fines de semana, luego de sus labores de bancario. Algunos días, muy temprano, partía con mi tío Martín a cazar perdices. Yo sólo llevaba el morral. Otros amaneceres de fines de verano, junto a hoyos profundos que respiraban un vaho fragante, ayudaba a pelar choclos convertidos en chuchoca. Y, por supuesto, no faltaba el vaso de leche al pie de la vaca, tampoco los alegres almuerzos en familia, con tíos y primos, cuando se mataba el cordero o el chanchó, mientras los perros zorreros ladraban ruidosamente en el patio de paltos y naranjos.

Lo mejor, insisto, era ese sendero que subía y bajaba hasta entrar en arroyos secos, por los que proseguía teniendo ahora mi vista al nivel de las raíces, y así me imaginaba penetrar al interior de la tierra; y esos otros senderos que luego se acercaban a casas cuyos habitantes no veía, pero

sí oía en ondas sonoras que partían y llegaban entre el cacareo de gallinas. ¿Para qué verlos? Era mejor imaginarlos.

IV

Luego me tomó una serie de actividades anexas a los estudios de Derecho en la Universidad Católica de Santiago, mucho más interesantes que la carrera misma. El Coro universitario, el Ballet de Uthoff. Fui comparsa de opera y figurante del montón en una película.

Algo de todo eso quedó en las páginas de mi primera novela, "El tiempo no pasa", publicada 25 años después por Zig-Zag, en 1967, merced a la comprensiva actitud de su lector Alberto Ostria Gutiérrez. Ahí están la calle Bandera y la Plaza de Armas, el Parque Forestal, la calle Dieciocho, el carro Parque galopando por rieles desiguales, la gente joven que sueña con ser artista, las tranquilas tardes de Concón. Cualquier crítico avisado pudo ver allí, más que una novela, una excusa para sacar de mí tantas preguntas que me ahogaban e insinuar algunas tímidas respuestas. Claro que, y volviendo atrás, en esos primeros años de

la década del 40, no me sentía inclinado a escribir novelas y sobre la pequeña mesa del Pensionado Universitario escribí, en cambio, y dí a las prensas el primer libro, un ensayo. Mi pluma se dirigió en una dirección que jamás habría imaginado: el sur polar.

Había que hacer una investigación previa de viejos títulos antárticos, darles su verdadero valor, ordenar una argumentación. Tuve dos grandes guías: en Derecho Internacional, el profesor Julio Escudero, muerto hace poco; en Historia, Jaime Eyzaguirre, maestro del hispanismo, apasionado defensor de sus ideales.

En diciembre de 1944 salió, pues, "La Antártida Chilena". A los pocos meses, en mayo de 1945, leí con sorpresa mi nombre en el diario. Se me había otorgado el Premio Literario Municipal. Tenía 24 años, fue una gran felicidad, pero no me creí escritor. Era una palabra demasiado importante. Con la mitad de los \$ 10.000 que recibí, compré un buen abrigo. Me hacía falta.

La investigación histórica me abrió un nuevo horizonte. Las letras medio borradas por el tiempo, en los papeles del Archivo Histórico Nacional, me guiaban a la reconstrucción de vidas llenas de

acontecimientos que apenas se perpetuaban en un nombre, a veces en un número contado de líneas, rara vez en páginas enteras. Comprendí algo importante: lo que me interesaba realmente era el destino del hombre, tan misterioso, tan efímero. Inteligencia destinada a brillar un instante y luego a desaparecer, por lo menos en su forma visible, que es la que conocemos y nos gusta. Inteligencia en busca de un escenario más grande y seguro que la vida material. Por eso es que en la segunda edición del estudio de nuestra soberanía polar, en 1948, puse, con el escándalo de algunos, un capítulo poético denominado "Emoción de la Antártica". Comenzaba así:

"Si este libro terminara aquí, no estaría completo. Antártica es mucho más que una región exótica, que un problema de Derecho Internacional o que el nuevo campo de acción de viejos imperialismos. Antártica es el más extraordinario lugar que uno pueda imaginarse y la atracción que ejerce sobre quienes lo visitan bien puede cambiar el curso de sus vidas".

Y continuaba:

"Dudo que se pueda experimentar en otro punto del planeta esa sensación casi trágica de sa-

berse el único ser vivo en muchos kilómetros a la redonda, en un continente de extraña apariencia, en un mundo muerto después de quizás qué terribles cataclismos. En tal ambiente nada hay que pueda distraernos y el hombre cae de súbito en sí mismo, comprendiendo en un segundo el hecho maravilloso de su existencia, la miserable vida del que se arrastra sin el rayo de luz de una esperanza, el hecho atroz de quienes viven y mueren sin saber para qué”.

Ignoraba entonces que 36 ños después me sentiría de nuevo bajo este embrujo antártico y que la poesía sabría traducir mejor que la prosa semejantes inquietudes.

V

En enero de 1946 ingresé al Ministerio de Relaciones Exteriores. Comenzaba una carrera diplomática que iba a durar 28 años.

Dos años antes, en 1944, alentado por mi co-terráneo y Subdirector de “El Mercurio”, Armando Donoso, había publicado el primer artículo de prensa. Allí, hasta 1980, continué con temas po-

lares y otros que, incluso, fueron saliendo en su primera página dominical.

Desde agosto de 1946 estuve en París, enviado a investigar sobre derecho polar por el Ministerio de Relaciones Exteriores. El amor con la Ciudad Luz fue a primera vista.

París es una ciudad para mirarla, oírla, saborearla. Va derecho a los sentidos. Confieso que para todos los efectos de gozar una ciudad, de vivirla intensamente, pasaba en forma directa de Talca a París —cumpliéndose así el viejo dicho—, porque mis años de residencia en Santiago, con poco dinero y planes universitarios, no me habían permitido integrarme a la capital. Apenas conocía su parte central.

Poco duró esa primera permanencia en Francia. En un cambio brusco, apropiado a mi personalidad impulsiva, volví a Santiago los últimos días de 1946, renuncié al atractivo cultural de París y lo cambié por el desolado continente antártico que así visité en los veranos de 1947, 1948 y 1949. Creí que pasando de un extremo al otro entendería mejor. Mi vida se volvió agitada y logré almacenar experiencias únicas que sólo el tiempo haría madurar y salir a la superficie. Jugué y gané

porque a principios de 1950 me marché de nuevo a París, esta vez como Secretario de la Embajada de Chile y comencé a escribir crítica de arte.

Enrique Bello me había acreditado como corresponsal de la revista PRO ARTE y se publicaron en Santiago mis primeros reportajes y entrevistas: al Marqués de Cuevas, al coreógrafo ruso George Balanchine, notas del funeral de Louis Jouvet, exposiciones de pintura, teatro, etc. El Círculo de Escritores y Críticos de Danza de París me acogió entre los suyos y en 1951 asistí en Amsterdam, con Pedro Mortheiru, al Tercer Congreso Internacional de Críticos de Arte.

París, que tiene muchas caras, se convirtió para mí en la representación máxima de la belleza, de la espiritualidad. Años después, en 1974, recordaría en mi novela "Mucho tiempo para Ximena", ese París, "cuyo aire ha cernido y almacenado durante siglos la impalpable riqueza espiritual que es el pensamiento humano..."

Viví allí tres años. No tengo ningún recuerdo especial de mi trabajo en la Embajada de Chile; todo quedó sepultado por los recuerdos de la ciudad y de las experiencias ganadas. No habría podido escribir la novela mencionada sin esa per-

manencia. Lo que entonces guardé y conservé por casi 20 años dentro de mí, surgió a borbotones y la novela se escribió sola. Ya volveré a referirme a ella.

De la austeridad de la costa maulina al delirio artístico y refinado de París y al prodigio inmenso y desolado de la Antártica. Tres experiencias vitales. ¿Habría algunas maneras de hacerlas útiles? El tiempo lo diría.

VI

Luego viví en otras ciudades del mundo, alternando el hemisferio norte y el hemisferio sur; La Paz y Nueva York, Buenos Aires y Bruselas. Me había casado, fueron naciendo los hijos. Mi esposa, Carmita, hija de un escritor y periodista boliviano, apoyó sin reservas esta inclinación por las letras que de secundaria se convirtió luego en principal.

Fue de 1954 a 1956, de paso en Chile, cuando llevé adelante en forma ininterrumpida el oficio de crítico de arte, envalentonado por los artículos enviados de París. Comenté ballet, por supuesto, con mi experiencia de danza moderna en

las clases de Uthoff, y también cine, teatro y hasta pintura. Comencé en "El Diario Ilustrado" y seguí, paralelamente, en la revista "Política y Espíritu". Justamente en esos días se fundó el Círculo de Críticos de Arte de Chile, con Antonio Romera, Víctor Carvacho y Ricardo Bindis en plástica, Quiroga en música, Ehrmann y yo mismo en ballet, todo lo cual dio más ímpetu a mi entusiasmo por la crítica.

Claro que estaba en una carrera, la diplomática, que me iba a sacar nuevamente de Chile. Pasaron entonces unos años en que mis únicos escritos fueron los informes, ordinarios o confidenciales, y las cuidadosas notas diplomáticas que enviaba a las otras embajadas y a la Cancillería en Santiago. Su suerte no era muy envidiable: ser leídas por un funcionario menor y recibir un acuse de recibo que pocas veces iba más allá de la media página y que, por excepción, agradecía o, por lo menos, daba a entender que mis ideas, mis pensamientos, mis reflexiones, eran de alguna utilidad.

Había ascendido a Subsecretario de Relaciones Exteriores, como quien dice, a autoridad y to-

do eso me aislaba aún más de la pluma y de sus atractivos.

A pesar de todo, a fines de 1967 salió mi segundo libro después de “La Antártica Chilena”. Ya lo mencioné a la pasada. Fue una novela y se llamó “El tiempo no pasa”. No crean que lo escribí siendo Subsecretario; lo escribí antes, en 1957, mientras permanecía en Nueva York, en las Naciones Unidas, quitándole tiempo a la siesta, una hora u hora y media cada día después de almuerzo, antes de irme a la oficina en el Empire State Building, piso 43, a mi celda entre las nubes.

Una vez escrita, la guardé. No me atrevía a publicarla. Al fin, luego de unos consejos que me dio José Zañartu, fue acogida en Zig Zag.

La novela pasó desapercibida. La crítica fue escasa —contrastando con la obtenida por “La Antártica Chilena”—, pero recuerdo una llamada telefónica, en enero de 1968, de una escritora que no conocía. Magdalena Petit, quien me explicó que un comentario suyo, muy favorable, no había sido publicado por el diario “La Nación”. Fue seis meses antes de su muerte.

A otra persona cuya opinión me interesaba mucho, José Santos González Vera, también le

gustó. Me lo escribió y agregó: “Espero que ahora tenga más tiempo para preparar la segunda novela. Escribir es una entretención maravillosa. Muchas veces uno está a punto, o lo cree, de hacer algo sensacional”.

No voy a relatar aquí los amores de Silvia, la bailarina de ballet, con Pablo, el estudiante de Agronomía. Pareciere haber en sus conversaciones esas inquietudes que el abuelo de ella resume en su largo monólogo de la playa de Concón. Otras veces tales pensamientos van insertos en las conversaciones de los pololos sobre la danza: “Hay otra cosa que me fascina en la danza —Silvia me miró—. ¿No crees tú que esta lucha por un minuto de belleza pura es como un gesto de rebelión del cuerpo contra la muerte . . . ?”

Pablo, que había ido a la Antártica, vuelve con su mentalidad alterada por el significado profundo de ese continente y dice:

“Recuerdo . . . nuestras disquisiciones sobre espíritu y materia. Pues bien, en la Antártica encontré ambos elementos vitales claramente representados. Arriba, dirigiendo, aire y agua, combinados en la trama perfecta de la nieve. Abajo, hundiéndose hasta los abismos marinos, la sólida

base del negro promontorio rocoso. Ambos elementos, separados, no podrían habernos dado jamás tal impresión de grandeza”.

“Había ido a la Antártica —continúa Pablo— a vivir mi más grande aventura. Sin embargo, una tarde, en esa forma rápida y sorpresiva en que a mí me ocurren las cosas, comencé a ver claro. ¿Podía haber una aventura más grande que la propia existencia humana, vivida intensamente, día tras día, en medio del ir y venir de las pasiones, entre los espejismos creados por la impaciente imaginación, en el salto al vacío de la inteligencia pura?”.

VII

De 1968 a 1974 viví siete años de un movimiento que hoy me parece increíble: Embajador en la Unión Soviética, Embajador en el Japón, visitas por varios países del Medio Oriente y del Asia, unas semanas en China continental, rápidas pasadas por las paradisíacas islas del Pacífico.

A fines de 1973 la Junta Militar, abruptamente, puso fin a mi carrera diplomática, en otras palabras, me echó a la calle y parece oportuno

que quede aquí estampado en estas letras que son modestas pero de molde al fin. Tenía la posibilidad de ejercer mi profesión de abogado —¡qué lata!—, no lo hice y me lancé en la suicida tarea del escritor. Suicida por no constituir una base suficiente para vivir de ella. Desde luego como columnista en diarios y revistas, en radio y televisión, para darme a conocer a los eventuales compradores de mis libros. También, para adquirir el diario contacto con la noticia, es decir, con la vida.

Mal acostumbrado por 28 años a recibir sueldo mensual, aprendí que cada día, que cada mes se necesita de un esfuerzo especial para subsistir.

Así salió mi tercer libro, otra novela que bauticé “Mucho tiempo para Ximena”, jugando de nuevo con la palabra tiempo, en la que centraba la inquietud.

La había escrito años antes, parte en Moscú, parte en Tokio, durante funciones diplomáticas. La publicación, en el otoño de 1975, en un Santiago del que estaba desvinculado por años de vivir en el extranjero, se debió a la comprensión del siempre entusiasta Nascimento, gracias a un contacto que facilitó mi buen amigo Miguel Serrano.

Volví, pues a las imprentas y al olor de la

tinta, en el ejercicio de una vocación tardía, adormecida por años entre las formas protocolares, las reuniones interminables, las condecoraciones y otros elementos propios de la parafernalia diplomática. ¿Qué llevó al ensayista —por tal se me tenía—, al escritor de cientos de oficios sobre política internacional, a lanzar una segunda novela? Misterio. Quizás, justamente, una reacción de sentimientos largo tiempo sometidos, en lucha por sus fueros. Advertí algunas amistosas sonrisas de incredulidad de quienes siguen pensando que la novela y la poesía deben iniciarse en la juventud o nunca más.

La propaganda de “Ximena” advertía en la contratapa: “el estilo sigue siendo parco y conciso, pero hay un fluir más vital de los acontecimientos y un sabor de ambigüedad que deja al lector con el deseo de conocer un poco más”.

Alone, en una de sus últimas críticas, el 18 de mayo de ese año 1975, encontró que era una “simpática novelita” y luego se dedicó a tomarme el pelo: “el señor Pinochet de la Barra diríase llegado al mundo bajo el signo de la movilidad”, acotó, y luego: “fue a la Antártica sin duda con el propósito de enseñar derecho internacional a los

pingüinos... o a aprender de ellos”, enseguida, volviendo a la novela, exclamó: “no recordamos historia imaginaria más ingrávida que ésta...” y afirmó algo más: “el autor ha realizado con ella (Ximena) una hazaña: interesar con una criatura desprovista de interés, conseguir que permanezca en la memoria una imagen sin relieve y hasta infundirle cierta importancia a fuerza de no tenerla”.

Quedé feliz —no sé si con razón— y me dije: si soy capaz de hacer algo con una anti protagonista, cualquier cosa que haya conseguido es mi mérito y no el de ella.

Además, a través de Ximena —como diez años antes a través de Silvia— había descubierto los seres de carne y hueso, los que pasan a nuestro lado y no los vemos, los que aparecen y desaparecen en medio de la indiferencia general y que sin embargo dejan algo. El mundo ya no es el mismo luego de la más humilde de las vidas. Su fragilidad es engañosa. Es como la suave persistencia del aire o el soplo del espíritu. “Mucho tiempo para Ximena” termina así:

“¿Qué será de Ximena?... Claro que está en alguna parte. No se fabrica algo tan perfecto

como el ser humano para que desaparezca completamente, para que, de alguna manera, no vaya a ocupar el sitio que le corresponde entre la espuma friolenta que la ola deposita en la playa o junto a la larga conversación de la abeja . . . Contémonos siquiera con haberla visto pasar a nuestro lado en el cortísimo tiempo del relámpago. Había mucha gente. Ella no nos vio”.

Todos tenemos nuestras preferencias. Para mí esta “simpática novelita” de Alone es uno de los libros que mayor satisfacción me ha causado.

VIII

Luego vinieron años de literatura, llamémosla artesanal. Me refiero a tres libros sobre la Guerra del Pacífico: “Resumen de la Guerra del Pacífico de Gonzalo Bulnes”, donde puse cuatro meses de paciencia para acortar las 2.000 páginas del gran historiador hasta comprimirlas en 260, sin poner una sola palabra mía, y ganar así un dinero que me hacía falta. El segundo fue una recopilación de textos llamada “Testimonios y recuerdos de la Guerra del Pacífico”. Finalmente, “Misión en Bolivia”, que revive la obra de dos gran-

des diplomáticos y escritores a quienes estaba en situación de comprender, casados como yo con boliviana: Ramón Sotomayor Valdés y Carlos Walker Martínez.

En otras palabras, como debía vivir, en parte, de la literatura, no dejé pasar el centenario de la contienda entre Chile, Perú y Bolivia sin aportar algo que, junto con recordar la guerra, contribuyera a la comprensión entre pueblos vecinos. Fue sin duda un efecto de mi formación diplomática.

En un silencio de los cañones guerreros cayó del cielo otra historia humana, pequeña, de iguales características sentimentales que Ximena, destinada a permitirme respirar otra bocanada de aire puro. Esta vez se trató de la historia de una familia que, para bien o para mal está desde hace unos años en la primera página de los diarios. El pequeño libro, no más de 175 páginas en formato chico, se llama "Los Pinochet en Chile en el siglo XVIII" y por razones encontradas ha tenido lenta salida.

Escribirlo me significó, como digo, una experiencia refrescante. Con mi familia entera viajé por los secos campos ondulados de la Cordillera de la Costa, al sur del río Maule; visitando parro-

quias, entrando y saliendo por Sauzal, Huerta de Maule, Chanco, Cauquenes; revolviendo viejos archivos; tomando de nuevo el penetrante olor de los pastos secos; comiendo el amarillo fruto del boldo y el entintado maqui.

Uds. podrían decir: demasiado esfuerzo para tener al final nada más que un estudio genealógico, una guía telefónica de fantasmas... No era ese el propósito y puedo asegurarles que nunca dejé de transitar por la delicada telaraña del sentimiento familiar. De noche vi brillar caras largo tiempo apagadas por el pesado sueño de la muerte, que me preguntaban sonrientes si se trataba de la esperada resurrección. También sufrí con la renovación de querellas y con la inevitable aunque siempre resistida despedida final de las lágrimas, la incertidumbre y el silencio.

Es otro de mis hijos predilectos.

Según la opinión de un lector excepcional, Eduardo Frei, es uno de mis libros más atrayentes; pero su venta —ya lo advertí— no ha estado exenta de dificultades. Los amigos del general no lo han comprado porque él allí no aparece ni podía aparecer, ya que no nació en el siglo XVIII; tampoco lo han comprado los, digamos, menos

amigos, porque creen, por el contrarió, que está destinado a su elogio, al chilénísimo hacer la pata. Característica que ya estoy viejo para adquirir.

El libro lo publiqué en un corto período sin censura. Menos mal, pues imagino las dudas y carreras que habría provocado al azorado censor, el revisar testamentos y contratos, declaraciones y juicios, para investigar las leyes de la herencia y sus efectos en siete generaciones de Pinochet...

Se me quedaba otro libro atrás, un libro de relatos sobre las tres primeras expediciones chilenas a la Antártica, en 1947, 1948 y 1949. Es "Base Soberanía y otros recuerdos antárticos". Escribirlo fue fácil por haber participado en todas ellas. No adivinaba entonces que la edición hecha en Argentina por la editorial Francisco de Aguirre iba a ser requisada en Buenos Aires y destruida, salvándose muy pocos ejemplares. Como puede apreciarse, cada libro, como cada ser humano, tiene su destino.

I X

El decenio del 80 lo inicié con unas memorias diplomáticas: "Por Siberia al sol naciente", a cu-

ya redacción contribuyeron mi esposa Carmiña y mis tres hijos, autores de algunos de sus capítulos.

Luego del ejercicio de la Subsecretaría de Relaciones Exteriores vinieron esos cargos de Embajador que mencioné, en Moscú y Tokio, mis dos últimos puestos diplomáticos. ¿Qué podía hacer en esas tierras lejanas, en mundos tan diferentes al nuestro, el maulino de tierras secas y austeras, el joven trastornado por los pintores impresionistas de París, el buceador antártico de verdades esenciales?

Nada que me lo propusiera de antemano. Casi sin darme cuenta me constituí en Embajador trotamundos, trotavidas y trotaverdades y fui juntando vivencias hasta formar un montón inquieto de donde salió en 1981 el libro recién nombrado.

Tres años en la Unión Soviética y tres años en Japón excitaron todas las cuerdas de mi sensibilidad de escritor. Fueron un verdadero ballet que dio la razón al docto Alone: "cuando ingresa a la carrera diplomática su danza se vuelve internacional".

Noventa mil kilómetros desde el Mar Báltico en dirección al lejano Cáucaso, volando por el Medio Oriente soviético en la alfombra mágica y

divisando allá abajo ciudades ya viejas cuando pasara por ellas Alejandro el Grande: Samarcanda y Bujara; y más lejos la nevada Siberia, que en verano es el paraíso de los zancudos, regada por enormes ríos-mares: el Yenisei, el Lena, rumbo al océano glacial Artico, como el fluir secreto de un mundo cerrado por milenios; y después la China, hormiguero humano, y el Japón, el viejo Cipango de las grullas y del moderno despertar.

Durante esos seis años pasados en el Oriente y sus alrededores, almacené sin darme cuenta un material riquísimo y así el libro "Por Siberia al sol naciente".

Todo lo que tuvo resonancia en mi interior y en el de cada uno de los componentes de mi familia, allí quedó consignado, con una siempre viva preocupación por el destino del hombre y con algo nuevo, algo inédito: el amor del asiático por la naturaleza.

La experiencia soviética nos pareció un esfuerzo valioso; la japonesa, un curioso entroncamiento de tradiciones con una técnica avanzadísima de seres que un día podrían ser hombres-robots, si es que ya no lo son hoy mismo.

Publicar "Por Siberia al sol naciente" fue

más complicado que escribirlo. En realidad, se trata del último libro salido de las prensas de la Editorial del Pacífico antes que cerrara, merced a la comprensión de Arturo Valdés, y las maquinarias se fueron vendiendo a medida que avanzaba el trabajo de impresión. Se compaginó a toda carrera en un hangar vacío, con una corrección de pruebas a medio camino. Cuando al final la gran sala quedó silenciosa, y yo sentado sobre los paquetes de libros, me asaltó ese sentimiento de inutilidad, de pequeñez, que alguna vez se tiene al concluir los grandes esfuerzos.

En 1982, a comienzos de año, volví al género de antologías con "El Pensamiento de Eduardo Frei". El libro salió a la publicidad a poco de morir el gran estadista; lo había estado preparando con él mismo durante varios años. Fue el respetuoso homenaje a un ser de excepción a quien me ligó el reconocimiento y la amistad por cuatro decenios, desde los tiempos en que fui su alumno en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica.

Entre libro y libro corría a "El Mercurio" y a la revista "Ercilla", donde había recibido buena acogida, más tarde a la revista "Hoy", a la "Ter-

cera de la Hora” y a la revista “Análisis”. Sin olvidar la radio Chilena y, por supuesto, el Canal 13 de Televisión. En este último, bajo la dirección de Germán Becker y Ricardo Miranda mantuve todo el año 1979 un minuto y cuarto de recuerdos de la Guerra del Pacífico, todos los días, por casi nueve meses, con el sonoro título de “Hace Cien Años . . .” Había vuelto, obligado por la necesidad, a los tiempos de estudiante acelerado, cuando corría de la Escuela de Derecho al Pensionado Universitario, a la Escuela de Danza de Uthoff, al Teatro Municipal, al coro de la Universidad Católica dirigido por Juan Orrego Salas, a los estudios de Chile Films y . . . bueno, al campo talquino a tomar aliento antes de volver a Santiago a recomenzar.

Entonces como ahora había que caminar muy rápido para, por lo menos, permanecer en el mismo sitio, como dijo alguien que bien sabía de las cosas de la vida.

X

Volví dos veces más al continente polar, hasta juntar una colección de siete visitas, y seguí es-

cribiendo artículos y comentarios y di conferencias respecto a un punto bien concreto: cómo será el siglo XXI para ese continente tan original, sin habitantes autóctonos, coadministrado por un grupo de países entre los que se cuenta Chile y con un enorme interés de la humanidad por sus eventuales riquezas, especialmente el petróleo.

Hasta hubo una reunión de juristas antárticos, realizada por primera vez entre los hielos, en 1982, en la isla Rey Jorge. Estaba picado por el blanco bichito de la inquietud polar; tenía una herida profunda como esas grietas donde luchan por su predominio el blanco y el azul.

Paralelamente a las reuniones jurídicas, quitándole horas a la noche, fueron saliendo algunos poemas. De tanto ir a la Antártica, estaba en situación de reinventarla. Se cumplió lo que me había dicho cierta vez una de las funcionarias de la Subsecretaría de Relaciones Exteriores: “yo creo que Ud. es sobre todo un escritor...” quizás fue una manera de significarme que no lo estaba haciendo tan bien en el segundo cargo de importancia de esa Secretaría de Estado...

Llegué a 1984 y comencé a cosechar. En realidad, fueron tres las cosechas de ese año.

Primero, la publicación en la revista japonesa "PHP" del mes de febrero de un artículo titulado "Dos escritoras japonesas del siglo XI": Sei Shonagon y Murasaki Shikibu; extraordinarias y sensibles mujeres que a una distancia de casi diez siglos supieron mostrar inquietudes semejantes a las de hoy. Yo le pagaba con ese estudio al maravilloso Japón, por lo que me había dado, y Japón lo distribuía por todos los países de habla hispana.

La segunda cosecha tuvo la agradable sorpresa de lo imprevisto. Alguna vez había pensado en la Academia Chilena de la Historia como una meta lejana y difícil. El destino me llevó de la mano por otro lado y fue así como el 11 de junio de 1984 la Academia Chilena de la Lengua me invitó a formar parte de sus miembros de número. ¿Hasta dónde influyeron mis libros de una circulación, en general, restringida? ¿Hasta dónde mis artículos de prensa, las columnas semanales durante más de diez años en diarios y revistas?

¿Hasta dónde el hecho de haber pasado a dedicarme exclusivamente a las labores intelectuales?

El discurso de incorporación, el 1º de octubre último, lo dediqué, agradecido, al primero de mis temas, al que me dio el Premio Literario Municipal en 1944, al que me ha hecho sumar unos pocos lectores más allá de las fronteras patrias. El título de ese discurso: "España y su hermosa utopía de la Terra Australis". Allí hice desfilar a varios navegantes españoles de los siglos XVI y XVII que soñaron con un paraíso entre los hielos del Sur, y al frente de todos ellos a Pedro Fernández de Quirós, el iluminado pionero del continente antártico.

Ya al final de una tardía carrera de escritor me daba cuenta que podía conjugar espontáneamente dos elementos: el mito de los hielos y del paraíso terrestre, con la eterna búsqueda hacia el interior, por el camino del sentimiento, que en el fondo es solidaridad humana ante el misterio.

La tercera cosecha del año 1984 tuvo nuevamente rostro de mujer, pero ahora nombre chileno: Carmen Arriagada. Sus desvelos, sus afanes, sus tragedias quedaron en el libro "El gran amor de Rugendas". ¿Se acuerdan de la Ximena de Pa-

rís? ¿De su incorporación a la soledad de los sin nombre, de los innumerables, allí mismo donde el Sena reparte diariamente sus ilusiones? Pues bien, reencarnada hasta cierto punto en Carmen —si no en la pasión, por lo menos en la tristeza—, me tomó de la mano, me escogió, y una mañana, casi al filo del mediodía, la presenté en sociedad en los claustros del convento de San Francisco.

Carmen Arriagada, un ensayo histórico que podría pasar por novela, un ensayo-novela cuyos personajes fueron un día carne y alma, un amor encendido por el espejismo de los sentimientos y mustio a poco de comenzar, me condujo allí donde el escritor ansía siempre llegar: a la abierta y entusiasta acogida de su obra, sin otra moneda que la simpatía, que la gratuita atracción. Es el ansiado salario de todo creador.

Carmen Arriagada, la buenamoza chillaneja, la apasionada seguidora de un amor imposible, queda con la palabra. Ella, al elegirme como su intermediario para resucitar lo hizo a sabiendas de algunas características de Oscar Pinochet de la Barra, el escritor, que hoy ha pasado cerca de Uds. y que ahora se aleja nuevamente, sigue su camino,

su peregrinación, guiado sobre todo por esa inteligencia del misterio que se llama intuición.

Señoras y señores:

Soy Carmen Arriagada y aprovechando que el escritor se ha marchado quisiera decirles —a riesgo de decepcionarlos— que aquí hay muy poco más que explicar. Entre lo que él ha dicho y su forma de decirlo puede uno darse cuenta de su personalidad. ¿Quién es él en las letras chilenas? Un empecinado buscador de la verdad, de la gran verdad, de esa verdad esencial que siempre, juguetona, se va un poquito más allá cuando creemos tenerla al alcance de la mano. El nació, como todos, para buscarla, no digo para encontrarla. Y de paso ha dado vida a algunos fantasmas, como Silvia, como Ximena, y a mí me ha dado un nuevo aliento de vida.

Es, por cierto, un intelectual que vive totalmente a gusto en el mundo de las ideas, es decir, en un mundo que por su naturaleza lleva al aislamiento, al alejamiento de ese otro mundo que habitualmente se considera como el verdadero: el de las cosas, el de los sentidos hechos para captarlas. Ahora, en su vida diaria de escritor, advierto que no le gusta corregir demasiado pues al crear

confía más en la intuición que en la inteligencia —él mismo ya lo ha dicho— y cree que la personalidad se revela sobre todo en la espontaneidad.

Perdonen, señoras y señores, advierto que estoy hablando más de la cuenta y mi escritor escribe corto y habla poco. Pero hay que contestar esa molesta pregunta ¿Quién es este escritor? Pienso que es más fácil dirigirse a sus propias verdades y que ellas hablen. Busquémoslas entre los últimos versos de un poema inédito relacionado, por supuesto, con la Antártica. Se titula “Dormir” y comienza así:

*Resbalo por la meseta polar
Más allá del planeta
Desaparezco en el cosmos
De traidor azul
Que es oscuridad
Antártica se aleja
Como una flor de luz
Y escarcha
Siento terror
Mientras describo en el vacío
Misteriosas geometrías
Bajo estricto control*

*Cierro los ojos inservibles
La velocidad me inmoviliza
Sólo me salva
La hebra de claridad polar
Que un día los hielos
Prendieron en mi retina
La inmensidad me invade
Dulcemente
Y en el sueño comienzo a comprender.*

junio, 23 de 1985.

EN LA SERIE

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch

Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone
Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez
Osvaldo Quijada
Matías Rafide
Isabel Edwards
Eugenio Mimica Barassi
Maité Allamand
Teresa Hamel
Guillermo Trejo
Graciela Toro
Ernesto Livacic

Enrique Skinner
Astrid Fugellie
Rosa Cruchaga de Walker
Raúl de Ramón
Lautaro Yankas
Eugenio García-Díaz
Oscar Pinochet de la Barra



COEDICION
ZAMORANO Y CAP
LIBRERIA Y EDITORIAL
EDITORIAL NASCIM
COLEGIO SAN AGU